

y eso, sé que lo que te aflige es la otra vida, las penas del Infierno, el miedo de saber que al fin y al cabo rendirás cuenta de tus culpas.

—Tú sabes que estoy libre de pecados. Se los come mi ancestro. De mi semen se nutre el *Ánima Sola*.

—Son las locuras que te metió en el seso Faustina. Buena pécora es ella. Ya la veré en el Valle de Josafat recogiendo los huesos del difunto. Nadie puede vivir sin Dios ni ley. Dime, Chompipe, ¿crees en un Ser Supremo?

—Ni Dios lo quiera, Nana. Me debe muchas vainas. Tu Dios no ha hecho otra cosa que joderme. No puedo congeniar con quien se esconde tras la mampara de la iglesia y, en conciliábulo con los poderosos, organiza maldades contra los pobres, esclavizándolos y aún más asesinandolos. No puede haber un Dios que haciéndose llamar bondadoso sólo demuestra ser todopoderoso organizando guerras y desastres contra las muchedumbres desamparadas. Si es él quien se divierte atormentándonos, no queda mas remedio que repetir la frase que dice a cada rato el gallego: Me cago en Dios.

—¡Blasfemo! ¡Deslenguado! —la Nana se le echa encima airada. Le da una bofetada y alza el brazo para asestarle otra más fuerte. Felipe hace un esguince con el que evita el golpe y ella al seguir de largo, rueda barranca abajo. De tumbo en tumbo, su cuerpo llega al fondo del precipicio.

—Ni siquiera te acomodiste a prestarle auxilio —dijo Faustina.

—No lo habría permitido. Mi Nana era una vieja orgullosa. La oí quejarse y hasta pensé que iba a subir por su cuenta. Siempre hacía alardes de resistencia. Creí que lo mejor era sentarme a esperarla. No sé por qué se me ocurrió que de un momento a otro vería surgir sus brazos largos ensangrentados y sus manos aferrándose al borde, pero ella prefirió hacerse la muerta para mortificarme. Por pura terquedad murió de veras.

—Eres más bruto que Pedro Animal.

—Ese fulano más bien era perverso. Se divertía haciendo maldades. Por eso le decían Pedro urde males. Total, tía Fausta, no te aflijas. Más se perdió en el diluvio. Mamá Durgel, la Pobre, estaba chocha. Ya no podía servirnos ni para taco de cañón.

—Te he dicho que respetes a los muertos. Quiera Dios que tu Nana te **perdone**. No olvides que hoy día se cumple un año de su muerte. Ahora se **anuncian** signos más favorables para tu ansia, pues nuevamente estamos en Domingo de Ramos.

—¿Y el ministro Marino cumplirá su promesa?

—Pregúntale eso y otras mil peripecias a ese pendejo de Serafín del Carmen. Está escribiendo un libro sobre la isla o, mejor dicho, sobre tus carajadas. Todo lo apunta en su cuaderno de notas pero escribe las cosas desordenadamente y hasta es más embustero que el carajo.

DECÁLOGO SEGUNDO



Goyo Gancho vuelve a ser libre

Vista a distancia desde la capital, la isla, difuminada en la lejana bruma del horizonte, recrecía su nostalgia. Deseaba regresar lo antes posible para hallarse de nuevo entre los suyos después de aquella ausencia tan prolongada. Los recuerdos se aglomeraban en su mente con inconstancia de olas: furiosos unos; otros, plácidos.

Goyo Gancho tenía tres días de inútil deambular junto al muelle por los atracaderos habitualmente usados por las naves isleñas sin dar con gente amiga.

Sabía que en el verano las balandras y chalupas de la isla vendían en la ciudad su opimo cargamento de frutas. Le parecía increíble no haber topado con alguna precisamente ahora, pues deseaba embarcarse y era cuestión de vida o muerte.

Sintió agudos silbidos y altas voces. Varios hombres gritaban y hacían señas desde una de las lanchas varadas en la playa.

Con la esperanza en vilo, descendió a la ensenada. No le importó enfangar sus nuevas botas en la lama plumiza, ya que antes de acercarse había intuido que iba a volver a ver sus compinches de los mejores tiempos.

Abrazos. Bromas. Plácemes.

La embarcación, ladeada en seco sobre húmedo cascajo y sucias lajas, recibía la caricia de los hombres que estaban carenándola.

—¿Qué tal tus vacaciones en el Penal de Coiba? —dijo, imprudente, Barrejobo.

—¡Cállate, idiota! —Calandraca le clavó las pupilas al hermano. No hay que mentar la soga en casa del ahorcado. Bien sabes que la cárcel...

—¡Qué cárcel del carajo! —dijo sonriendo Goyo Gancho—. Olviden eso. Gracias a Dios que me soltaron, digo me concedieron lo que ellos llaman libertad condicional.

—Según dices, ¿no completaste tu condena? —indagó Lócoro.

—Claro que no, pendejo. Eran veinte años —explicó Catarnica.

Goyo Gancho se sentó en una piedra. Se descalzó las botas (sus bellas botas hechas un asco, sucias, empapadas) y se puso a lavarlas en un charco

—Me rebajaron gran parte de la pena —dijo— por buen comportamiento y porque supe ganarme la confianza de esos bellacos. Cuando se dieron cuenta de que conozco el mar como a mis manos, me llevaban de pesca, sobre todo porque, como bien saben, no fallo ni de a vaina con el arpón. Maldito sea, carajo, había jurado no tirar más esa arma contra personas o animales vivos. Ni siquiera contra los tiburones; pero ustedes son hombres de la isla y comprenden. Ante el recuerdo de mi crimen yo jamás olvidaba que no hay nada tan bello como la libertad. Cada vez que clavaba con el arpón un mero veía a mi padre. Mejor no hablemos de eso. Rebajaron mi pena por buen comportamiento. También hubo amnistía por no sé qué efeméride nacional. Recuerden que, además, soy devoto de mi Padre Jesús. No tuve más remedio que ofrecerle una manda equivalente a la cuantía de los años que, por su buena mediación, me rebajaran. En penitencia debo cargar el anda del Señor noche tras noche y el paso del Sepulcro el Viernes Santo. Este verano pienso iniciar ese calvario.

—¿Durante cuántos años? —indagó Lócoro.

—No quiero ni pensarlo. La carajada va a ser larga; pero al fin y al cabo, desde que soy un hombre no he hecho otra cosa que cargar santos o muertos según sea el toque de campanas.

—Las que más te agradaban eran las santas —recalcó Calandraca—. Lo sabemos. Tú siempre armabas líos porque eres terco.

Te encaprichabas en que debías cargar a la Magdalena. ¿Recuerdas el relajo que formábamos bien jumados cuando la procesión volvía a la iglesia al amanecer? Llevábamos las andas a toda marcha, en volandas, y era tal la carrera y el gran tejemaneje, que las imágenes bailaban de lo lindo. «¡Puñeteros del diablo!», gritaba el padre Máximo.

Barrejobo soltó una carajada sin ton ni son.

—Buenos tiempos aquellos —dijo Lócoro.

—Pero ahora necesito rehacer mi vida —arguyó reflexivo Goyo Gancho—. Los años en el penal de Coiba me han vuelto una escofieta. Todo por culpa de los malditos celos; de lo contrario yo estaría como ustedes, que aun siendo pobres son felices. No veo la hora de estar de nuevo en la isla. Sé que mi hijo Felipe es un gran vago. Dicen que es un cabrón de siete suelas. Quiero irme hoy mismo. Necesito amanecer en la isla. La chalupa de ustedes ¿a qué hora zarpa?

Catarnica miró hacia el mar y, atizando la pipa, aspiró el humo; luego, apartándola, lanzó un escupitajo:

—Al filo de la una comenzaremos a flotar. No hay apuro. Podemos navegar a golpe de ola, con norte y viento en popa, como a las cuatro o cinco de la tarde. Vendimos bien la fruta. Tenemos plata y tiempo para animarnos con unas cuantas cervecitas y celebrar tu vuelta. No te apendejes y echa palante, hermano. La primera en la frente la pago yo, para que Dios nos libre de malos pensamientos y nos aleje de las putas. Como ya estamos en Cuaresma comenzaremos la abstinencia de carne para no promiscuar. Espero que la Virgen del Carmen nos acompañe y nos depare un buen viaje. Creo que unos cuantos tragos no nos caerían del todo mal. Ya nos hemos sollado bastante calafateando esta cacharpa. Supongo que, además, sería bueno comprar varias botellas para seguir chupando rumbo a la isla, si es que izamos las velas con la pleamar.

Desde ese día Felipe se volvió incrédulo

Tímida grey de ovejas, las casitas del pueblo se agrupan loma arriba por la falda del cerro pastoreadas por la pequeña iglesia cuya torre funge a la vez de faro y de cayado pues en su cúspide se enciende por las noches una devota lucecita tal vez para orientar a los navegantes. Como en un clásico pesebre el diminuto rebaño llega, triscando y ramoneando hasta la playa donde de pronto sus blancas unidades se detinen perplejas y asustadas ante la impresionante vista del mar. La rampa, viejo perro ovejero, duerme tranquilamente reclinando su hocico sobre la arena.

Las paredes de quincha y calicanto, enjalbegadas, distan poco la una de la otra. Sus ventanas se encuentran entre sí tan contiguas que casi se diría que están a punto de secretarse. En otros tiempos era habitual echar por ellas los orines nocturnos. Por eso se sentía vaho de berrinche en los umbrosos y sombríos callejones recubiertos de piedras salarinas que, de noche, laceraban el tránsito. Estos angostos viales se entrelazan en una red de recovecos que a veces forman laberintos por los que a la hora del espanto los foráneos no se atrevían a transitar.

La niñez de Felipe transcurrió en la época en que aún no había alumbrado eléctrico en la isla. Para avanzar de noche a tientas y guiarse a oscuras por tales vericuetos se requería el instinto de los isleños. La diferencia entre éstos y la gente inexperta consistía en que los jóvenes nativos podían correr veloces por esos pasadizos aun descalzos, a ciegas y entre sombras.

Cuesta abajo a lo largo de tan angostas callejuelas, en los días lluviosos, bajaban abundantes corrientes de agua cuyo caudal, según era sabido por la gente menuda, arrastraba gotitas de mercurio.

La pendiente de la isla formaba al borde de la pequeña plaza frente a la iglesia un desnivel de casi un metro y pico de altura gracias al cual las aguas, al descender, formaban caprichosas cascadas que servían de

estupenda diversión a los chiquillos, pues mientras los menores se bañaban desnudos con infernal algarabía, los mayores sosteníamos en nuestras manos pequeños frascos de cristal en los que a fuerza de paciencia y gota a gota, recogíamos diminutas porciones de azogue que les vendíamos a los gringos y, a falta de éstos a don Plácido quien me instruyó sobre las raras amalgamas del mercurio y el oro. Me dijo que el líquido metal era usado en los termómetros y en diversos aparatos de física. Él recordaba que en la época anterior al Canal cierto ingeniero inglés, Alan Bristol, creyó haber dado en la isla con una rica mina del codiciado azogue. La cueva que sus obreros negros excavaron seguía aún oculta tras un pequeño rancho que le servía a Balbina como depósito. Sin embargo, Felipe, en su período de chico aventurero, había logrado descubrir la grieta o salida trasera de la mina, y apartando las ramas y malezas que la cubrían penetró en la honda cavidad. Entre la semipenumbra distinguió picos, palas y otras distintas herramientas de excavación. El aire, al colarse entre las hojas, producía unos silbidos que daban miedo. Felipe huyó y no quiso regresar a ese sitio donde sólo había arañas y murciélagos.

Interpretando erróneamente las enseñanzas de don Plácido, Felipe se entretenía observando las curiosas reacciones del mercurio que en vez de transformar la plata en oro lo hacía a la inversa, pues cualquier áureo objeto recubierto con un baño de azogue se metamorfoseaba hasta volverse plateado para casi al instante perder el brillo y adquirir una pobre tonalidad negruzca.

El padre Máximo, que era un viejo gruñón y destemplado, sorprendió un día a Chompipe en la iglesia cubriendo la Custodia Sagrada con azogue. Pudo salvar a tiempo el Santo Cáliz, pero rugió de cólera, y entre improperios y rugidos, santiguó al alquimista con fuertes soplamocos de ida y vuelta, por bruto.

Felipe era paviola. Más prefería vagar descalzo por la playa que ir a la escuela. Otras veces se iba con sus compinches monte arriba a robarle los mangos a Papa Chente. Quienes sí frecuentaban las clases puntualmente eran los hijos del Ñopo.

Ese domingo, por feliz iniciativa de la maestra Chabela en conciliábulo con el padre Máximo, niñas y niños, con nuevos atavíos y grandes cirios adornados con lazos, asistieron a misa para hacer la Primera Comunión.

A Felipe nadie le habló de hacerla. Ya él se sentía muy grande para estar comulgando. Lo malo era perderse el desayuno que les tenían ya preparado en la escuela, con chocolate, queso blanco y tamales.

Felipe supo cumplir con el repique de las campanas por complacer al párroco, pero ahora se había parapetado entre las ramas de frondosos

arbustos para evitar que las chiquillas, al salir de la iglesia, se rieran de él al ver la facha que ofrecía debido a estar vagueando con sus compinches dizque cazando iguanas.

Lamentaba no haber sabido soportar con paciencia las aburridas clases de catecismo sobre todo porque no resistía memorizar las oraciones y los diez mandamientos, sexto no fornicar, Adán y Eva, la manzana y la culpa, la serpiente era el diablo, se cubrieron con las hojas de parra porque se dieron cuenta de que estaban desnudos y un ángel con la espada flamígera los expulsó del Paraíso. No comerán los frutos del árbol de la vida, puesto que en el futuro sólo de pan vivirán, amasado con el sudor de sus frentes.

Después de recibir la sagrada hostia, la fila de las niñas, todas de blanco, con largas blusas, flores de azahar y cirios que les daban el aspecto de huérfanas, salían mientras el cura aún peroraba.

Felipe las miraba desde un ángulo diagonal y a muy poca distancia del atrio. Tenía allí Nino Olaya una cantina famosa por las grandes trifulcas que se armaban en ella. Como era hombre de **pull** se había reído de la Ley y de las Damas Católicas ya que junto a la iglesia o a los colegios no se permiten centros de corrupción y de vicio. Papa Chente, furioso, protestaba diciendo que la Ley sólo se hizo para los tontos pero ya es cosa bien sabida que a quien Dios se la dio, San Pedro se la bendiga.

El bullicioso antro alcohólico tenía un balcón en forma de portal con mesitas desde las cuales los contertulios miraban y gozaban con el ir y venir de las damas que entraban y salían de la iglesia.

Oculto precisamente junto al ángulo de ese nefasto mirador, Felipe contemplaba la fila de las niñas con la ilusión de ver a Cándida. Mientras seguía buscándola con ojos muy ansiosos, oía que a sus espaldas tres borrachos que debían ser foráneos, sentados en la Esquina del bar, bebían soltando palabrotas sin respetar el acto que se estaba verificando en la iglesia. Se hallaba tan cerca de estos hombres que aunque ellos no lo veían él lograba escucharlos claramente, sobre todo porque vociferaban sus groserías sin cortapisas del más mínimo decoro.

Finalmente Felipe logró mirar a Cándida que salía de la fila muy compungida con la cabeza baja, que era el correcto comportamiento sugerido por la maestra María Isabel pues las niñas no debían olvidar que al recibir la eucaristía ingerían al unísono la forma espiritual de Jesucristo quien simbólicamente es el cordero de Dios.

La aflicción que el rostro de Cándida revelaba tenía una causa menos mística. A lo largo de la extendida misa ella, la pobre, había sufrido ciertos retortijones de tripas pues la noche anterior se sintió indispuesta y Chon Candela la había obligado a beberse una desagradable dosis de sal de frutas. Ahora, al salir del templo, comprendía que no le sería posible llegar hasta la casa. No se atrevía a decirle a la maestra Chabela que se sentía con ganas de. Por decoro, sencillamente dijo:

—Maestra, quiero hacer la menor. ¿Me da permiso?

Para una niña no es tan grave orinar a la intemperie. Por eso la maestra Chabela dio su autorización. De haber sabido que se trataba de otra cosa, no habría accedido.

Cándida se escondió tras las matas que le indicó la tía pues de ese modo evitaba ser vista por las demás alumnas de la fila, sin darse cuenta de que Felipe y los tres hombres que bebían en el balcón podían verla.

Luego de levantarse la alba túnica, se aligeró de ropas y dejó al aire las nalgas rubicundas. Las tripas le avisaron que habría debido de solicitar permiso para hacer la mayor. Sin embargo, no tenía mas remedio que liberarse de aquel odioso asunto sin la debida anuencia pues ya era tarde para pensar en otra cosa.

La mayor, la menor, ¿qué más daba? La menor eran líquidos; la mayor, sólidos; conjuntamente saldrían unos y otros. Y tras las verdes matas de rojos papos defecó lindamente lo cual hizo con gran satisfacción de su parte.

Felipe no olvidaría jamás los comentarios groseros e inmundos que, al contemplar la escena, soltaron los tres ebrios organizando un irónico y deleznable contrapunto con la tonante voz del cura, pues cada uno, por turno y alternativamente, le puso un estrambote a las sentencias del párroco.

—Hipostáticamente es indudable...

—...que están cagando la hostia.

—Eucaríستicamente es demostrable...

—...que esa mierda es sagrada.

—Eclesiásticamente es necesario...

—...que se la coma el Papa.

Desde ese día Felipe se volvió incrédulo.

Cólico miserere

Repiques de campanas anunciaron que el vaporcito en que viajaba el Ministro se iba acercando a la bahía. Rápidamente los miembros de la Junta bajaron la escalera de la Casa Cural y, sin perder un instante, se dirigieron a la playa. El padre Brito se encaminó a la iglesia echando pestes y entró en la sacristía.

Betín, que en ese instante acomodaba vestiduras talares, quiso indagar eufórico:

—¿Qué tal quedó el repique?

—Mejor hubiera sido adelantarlo —repuso el párroco—. Mingo Ceballos y los demás ociosos del Comité estuvieron a punto de beberse casi todo mi vino de consagrar. Por aquello de que lo que no nos cuesta hagámoslo fiesta, se aprovechan. Son unos descastados gorriones.

—Eso le pasa por darle de beber al sediento. Si la Samaritana...

—Déjate ya de pendejadas y apresura a las muchachas del Coro. Allí están brujuleando con Cándida. Diles que dejen el bochinche comenzando por tu mujer Milagro.

Betín cruzó la puerta y escapó del **Dies Irae**.

Felipe se escondió tras la estatua mientras Betín pasaba y enseguida se lanzó hacia la playa. Por el camino se topó con Sarita la de Petita Cárcamo. Venía corriendo sofocada y hecha una exhalación.

—¿Qué ha sucedido?

—Voy a avisarle a la señora Malala. Ya El Izabal llegó pero Marino no vino con él. Según dice, hizo otra de sus barrabasadas.

Se fue sin añadir explicaciones y Felipe, curioso, prosiguió hacia la rada deseoso de informarse.

En la playa ya estaban sus compinches Zósimo Chen, Min Sierra y el Mogo Tin.

Varios chiquillos corrían de un lado a otro chapaleando en el agua.

Los mástiles de todas las balandras y chalupas ondulaban banderitas de fiesta. El sol brillaba. Todo tenía un aspecto alegre.

Algunas pangas rodeaban todavía al vaporcito.

Varios viejos fumaban sus cachimbas sentados a la sombra de un recio almendro. Se rascaban las barbas comentando sonrientes lo que otros discutían exaltados.

Las preguntas holgaban. Ya no hacía falta hacerlas.

—Marino se cagó en la muchachita —dijo Dídimo López.

—¿Se cayó el Gabinete? —grito el sordo Chancaca.

—No, quien se vino abajo fue él —aulló Min Sierra.

—Lo sorprendieron en pelota con la mujer de Talavera.

—¡Silencio! Viene el cura.

Advertido de lo ocurrido, el padre Brito quería calmar los ánimos.

Llegó, según costumbre, sonándose con gran estrépito. Tras él trotaba sofocado Betín.

El cura se acomodó las gafas, tosió, puso un semblante de circunstancia y empezó a sermonear.

—Las mujeres ¿qué hacen aquí? Allí en la iglesia las están esperando. ¡Váyanse todas! ¡Rápido! Y, sobre todo, nada de comadreo.

Hubo un callado desbande de polleras.

—¡Los chiquillos, también! —agregó—. A los adultos no hace falta decirles que en estos casos hay que tener prudencia. Su Excelencia ha sufrido una caída. Qué le vamos a hacer. **Errare humanum est.** Deberes importantes le exigieron sacrificarse por su pueblo. Ahora está herido; tal vez, muerto. Oremos por el descanso y la salvación de su alma (si acaso es cierto que ha muerto ese cabrón).

Al saber la noticia del accidente (¡Virgen del Carmen!) la señora Cristobalina Olaya estuvo a punto de sufrir un colapso y de rodar cuesta abajo por la escalera del traspatio. Pobre Señora, se hubiera propinado la costalada madre. Afortunadamente la agarró Chon Candela (por casito nomás se descalabra) salvando a tiempo la bandeja de loza con el puré recién salido del horno que estaba más caliente que el carajo y que por poco se le cae de las manos. Lástima hubiera sido que se desperdiciara tan sabroso manjar hecho con papas que ella misma majara y que de todos modos, válgame Dios, sería un trabajo y gasto inútil pues las fiestas no iban a celebrarse debido a la caída de Su Excelencia.

Con el tejemaneje de los preparativos Cris Olaya tenía tres días de andar en afanoso trepaquesube yendo de un lado al otro trajinando, impulsada por su propio temperamento que no le permitía quedarse quieta tal vez íntimamente convencida de que la vida para ella no era otra cosa que el ajeteo perpetuo.

Sintió en ese momento los amagos del cólico y tuvo que apoyarse en la baranda. Chon Candela la oyó quejarse débilmente.

—¿Se siente mal? Mejor acuéstese.

—No es nada, Chon.

Sufrió enseguida la segunda jamaqueada punzante. Se agarró el bajo vientre con ambas manos y sostuvo el aliento por no quejarse.

—Si son las tripas, dígallo. ¿No quiere una tisana de paico hediondo?

—Tal vez eso me sirva. Desde hace días no puedo mear. Llama a Saldaña para que me prepare alguna pócima.

—Mejor traigo a Ladera. Casimiro Saldaña es veterinario.

—También los animales sufren del mal de orina ¿no?

Apoyada la una en brazos de la otra habían llegado a la recámara de la difunta Delfina.

Viendo la puerta abierta, Chon se mostró solícita:

—Acuéstese aquí un rato.

—No, carajo. Si me voy a morir que sea en mi cama.

Los dolores del cólico la asaltaron de modo tan violento que, obligada por los retortijones, perdió el buen ánimo y se deshizo en gemidos espasmódicos. Ya no pudo oponerse a la voluntad de Chon Candela y se dejó conducir a la alta cama de caoba y dosel donde día y noche se la pasó tosiendo la pobre Fina.

—Prepárame mejor un té de sábila con hojas de limón. Y no te olvides de llamar a Saldaña. Ya sabes que Ladera es enemigo político de mi esposo Chinino.

Casimiro Saldaña, que era un puertorriqueño jubilado de la fuerza acantonadas en la Zona del Canal, se había casado con una hermana solterona de la señora Cris. Aunque él aseguraba ser médico graduado con varios años de servicio en el ejército norteamericano, nadie logró verificar si era o no cierto. Su eficacia como facultativo más bien dejaba dudas en el aire. Las recetas que daba más parecían para animales.

Saldaña había instalado una farmacia y ejercía la profesión con la anuencia del alcalde Chinino Olaya, que era conservador, haciéndole una desleal competencia a Ladera cuya familia siempre fue liberal. Chinino había disputado de buenas a primeras que Ladera, por carencia de título, no estaba autorizado para ejercer la medicina.

Casimiro Saldaña, de cuyo título no había constancia alguna, gozaba en la Zona del Canal de ciertas canongías y, amparándose en ellas, ayudaba tanto al pariente Olaya como al Ñopo. Les conseguía productos más baratos en los comisariatos y, a pesar de que era estrictamente prohibido por las autoridades gringas, se ingeniaba para que ambos amigos vendieran sus cosechas a los barcos acoderados en los muelles canaleros.

Los enfermos de la isla preferían ser curados por el doctor Ladera. Decían que Casimiro a lo mejor sólo sirvió como enfermero en la guerra. Para colmo de males, Casimiro era puertorriqueño vendepatria, pues amaba a los gringos y se sentía orgulloso de ser ciudadano norteamericano. Por eso lo llamaban Gringo Saldaña, pero también Clarín por su manía de tocar una maldita trompeta cuando estaba ebrio. A veces, a altas horas de la noche, se escuchaba el toque de queda o el toque de zafarrancho de combate o el toque lúgubre de enterrar a los muertos.

Lo que Saldaña diagnosticó en el caso de la señora Cris fue cólico miserere. Con todo y eso le recetó un purgante de sal de Epson. Casi la mata. Dijo que lo más acertado sería llamar al cura y hacer el ataúd.

IV

¿Qué vaina es esa de la guerra?

En la oscura cantina pegada al muelle los ánimos estaban exaltados. En aquella sentina destartalada la bullaranga era frecuente debido a que, por turno, la frecuentaban marineros y gente campesina ya que aparte de estar frente al mercado quedaba a pocos pasos del desembarcadero y de la plaza donde llegaban los vehículos cargados de frutas y otros productos vegetales. Sin embargo, esta vez el alboroto pasaba de la raya. Con todo y eso Goyo Gancho y sus cuatro compañeros, encendidos en guaro y enfrascados en sus propios asuntos, no habían parado mientes en lo que estaba sucediendo, sobre todo por hallarse sentados en un balcón trasero que daba al mar.

Tenían bastante rato de estar bebiendo. De tanto trasegar cerveza helada, Goyo Gancho ya se sentía bastante eufórico. Lejos de refrescarle la fiebre marinera, la brisita que soplaba de la bahía la hacía bullir. Deseaba navegar. Sentía en la mano la vara del timón y veía a la chalupa viento en popa deslizándose audaz sobre las aguas.

Sólo habían almorzado pescado frito cuyas presas calientes vendía de mesa en mesa una chiquilla, acompañándolas con ñame sancochado y tortillas fritas. Aunque estaban bien ebrios no descuidaron el adecuado flote de la nave, que ahora los esperaba fondeada en alta mar. En el momento oportuno la abordarían. Contaban con la cordial ayuda de los pangueros para embarcarse rumbo a la isla.

A Goyo Gancho le parecía de buen augurio el hecho de haber topado con sus más íntimos amigos, amigos de los mejores tiempos, garulilla que sabía mantenerse siempre unida no sólo en las faenas del mar y en el rudo trabajo de los campos sino también en el alegre tráfigo de los tragos. Siguiendo la costumbre de la isla, cada uno de ellos debió aceptar un sobrenombre. Nadie podía salvarse de un apodo. que a veces era peyorativo

y, otras, de origen cariñoso. Goyo aceptó que le clavarán el Gancho como una insignia de familia. Su padre Gancho Hermoso dejó buenos recuerdos en la isla. Sin embargo, los que intentaron llamarme Culo e Mono salieron trasquilados por ser ese un mote ofensivo a la dignidad y el honor. Nadie olvidaba que él era un hombre airado. Sin ser un asesino había sido cegado por la ira. Goyo Gancho, por desventura para él y para otros, siempre fue un hombre entregado a la violencia. Por eso mismo, sólo ellos se llamaban entre sí por sus apodos. Fuera del grupo, ninguno podía hacerlo.

Pensar gozosamente en la llegada a la isla le pareció de pronto un sentimiento pueril puesto que ya no había atractivos que lo llamaran hacia sus hondas playas. Sus familiares y aun su hijo ahora lo odiaban. Los amigos, los tragos y la idea de la vuelta lo habían hecho sentirse jubiloso, pero viéndolo bien apenas era un entusiasmo ilusorio. De golpe le llegó la tristeza sólo al pensar en Débora. En la cárcel supo el trágico fin de ella y de Néstor. Sin ella viva, yo no debiera regresar ni hay nada que me anime a vivir. Felipe, mi hijo, me detesta porque maté a su abuelo. La familia, lo mismo. Nadie me estima. ¿De qué me ha de valer ir a la isla?

—No llores, Goyo Gancho. No te amojones. Bebe —le decía Catarnica.

Barrejobo, que había salido a hacer sus aguas, volvió gritando:

—¡Viene un bonchao de gente por la calle! ¡Muchos están uniformados! Traen música y tambores! No sé qué pasa. ¿Quieren saber a quién he visto también uniformado? Nada menos que a Beto Cárcamo. Lo vi en el bar bebiendo con Seraffín del Carmen. Les dije que aquí estaba Goyo Gancho recién salido de la cárcel. Me prometieron venir a saludarte. Me parece que Seraffín del Carmen te quiere hacer una entrevista. No sé si ya has sabido que él escribe en los diarios de la ciudad. Aquí llegan Beto Cárcamo y él.

Vestido de uniforme, Beto Cárcamo tenía un aspecto raro. Para colmo de males lo habían pelado. Parecía otro.

Farandulero como siempre, de chaleco, bastón y anteojos, que le daban aspecto de elegancia foránea, Seraffín fue el primero en saludar.

—Qué tal, Goyo. Me acaban de decir lo de tu condena. No sabía nada de eso ni de tu crimen. Me informó Beto Cárcamo. Menos mal que estás libre. Yo acabo de regresar de Europa. Ni siquiera he podido viajar a la bella isla y visitar a los amigos de otra época. No tengo tiempo para nada. Mi trabajo en **El Diario** me roba muchas horas. Si la suerte me ayuda, tal

vez enseñaré literatura y en mis minutos libres quiero escribir la crónica de la isla. Será una especie de novela satánica.

Beto Cárcamo le había dado un abrazo a Goyo Gancho saludándolo sin decirle palabra. Tanto él como los otros miraban a Serafín del Carmen como diciendo qué tipo farolero.

—¿Qué carajo nos importa todo eso? —dijo altanero Calandraca.

Barrejobo, prudente, quiso calmar los ánimos.

—Cálmate, hermano. No alborotes el peje. Mejor, bebamos algo. Siéntense ustedes. Acompáñenos.

Lo hicieron y pidieron más cervezas.

Hubo un grave silencio revelador.

Todos sabían la causa del exabrupto. Ambos hermanos tenían un viejo asunto con Serafín del Carmen. El más volado era Calandraca cuya novia deshonró **el soñador** poco antes de embarcarse para Europa. Prima de ambos hermanos y preñada, Petita ya no pudo casarse. Parió fuera de la isla y hasta se rumoraba esto y aquello. Calandraca no soportaba a Serafín. Jumado como estaba, habría camorra.

—¿Qué es lo que ocurre, Beto? —preguntó Catarnica, tratando de dar largas a la trifulca en cierne. —¿Qué significa tu uniforme?

En ese instante una mujer andrajosa se aproximó a la mesa vendiendo los periódicos y gritando exaltada:

—¿Ya vieron la noticia en **El Diario**? Creo que estamos en guerra con un país llamado Coto. Parece que se trata de una republica. Debe ser cosa de los gringos. Les venden armas a todos los gobiernos y luego los obligan a hacer la guerra para que las acaben y compren más. A esos bellacos siempre se les ocurre alguna vaina para joder a los humildes. De repente van a inventar hasta la mierda sintética.

—Ya en eso Tata Dios les tomó la delantera —dijo Lócoro.

—Pero ellos buscarán la manera de vendérmola —rearguyó la vieja, notoriamente en solfa—. Desde Chicago nos llegarán cerros de latas con lindas etiquetas multicolores que dirán **ENGORDE Y NUTRASE CON LA MEJOR MIERDA DEL MUNDO**.

Recibió el pago por los diarios vendidos y se marchó muy satisfecha voceando sus periódicos.

—¿Qué vaina es ésa de la guerra? —preguntó Barrejobo—. Tú, que eres periodista. Serafín, ¿podrías decirnos qué es lo que está pasando?

—Que nos han invadido —dijo Beto—. Todo ha sido por culpa de Mamita Yunai. Gracias a sus intrigas, ya comenzó la guerra del banano.

—Ese es el meollo del asunto —dijo enfáticamente Serafín—; pero permítanme delinear los prolegómenos del problema. La dirimencia de los límites entre nuestros países fue sometida al Presidente de Francia quien, como árbitro expidió un laudo no admitido por el país hermano. Las intrigas de Mamita Yunai nos obligaron a someter el fallo al Presidente de la Corte Suprema de los gringos. A este vergajo seguramente le gustaba el banano, pues dictó un fallo **ultra petita**.

—¡No metas a Petita en esta vaina —grito furioso Calandraca—. Si vuelves a llamarla ultra Petita te reviento la cara, hijo de puta.

Calandraca quiso formar la gresca pero los separaron.

Barrejobo, más sensato y consciente, calmó al hermano:

—¡Déjate ya de pendejadas! Debemos enterarnos. Nos interesa a todos.

—Para evitar rencores, mejor es que lo siga explicando Beto Cárcamo— propuso Lócoro.

Serafín hizo un gesto complaciente; pero, antes de transigir, agregó:

—Mientras ustedes beben en este cuchitril y se emborrachan despreocupadamente, hombres conscientes y patriotas han ido al frente de batalla a repeler la agresión.

—Claro, por eso ando uniformado —dijo Beto—. Estoy a cargo de un pelotón. Dentro de poco se embarcará el segundo contingente. Debo ir al muelle porque ya están llegando los voluntarios. Un piquete de policías armados pelea en el frente de batalla. Necesitan ayuda.

—Espera —dijo Lócoro—. Dinos cuál fue el motivo inmediato de la invasión.

—Nadie lo ignora —dijo Beto—. Te lo puedo explicar en un segundo. Como bien dijo Serafín, el gringo White trazó una nueva línea a su capricho